

Pepe Rodríguez usó un documento falso para escribir «Mentiras de la Iglesia católica»

Reproduce la «Taxa Camarae», falsificación a la que llama «punto culminante de la corrupción»

«Uno de los puntos culminantes de la corrupción humana». Éstas son las palabras recogidas por el escritor Pepe Rodríguez para definir la llamada «Taxa Camarae», un documento falso atribuido al Papa León X, que el autor de «Mentiras fundamentales de la Iglesia católica» utilizó para la redacción de su

libro. Un equipo de investigadores publica hoy, tras meses de trabajo, sus conclusiones sobre dicho texto, citado por Rodríguez sin referencia a ninguna fuente original y que ocupa un lugar preferente entre la propaganda anticatólica actual, confirmando la falsedad de ese «punto culminante de corrupción».

Juan Manuel Rodríguez
Madrid

El escritor Pepe Rodríguez utilizó para la redacción de su libro «Mentiras fundamentales de la Iglesia católica» un documento falso. La llamada «Taxa Camarae», definida como «uno de los puntos culminantes de la corrupción humana», y que supuestamente se trataría de una lista publicada por el Papa León X, en la que habrían sido establecidos precios para recibir la absolución de los pecados más horrendos a cambio de dinero, es una falsificación.

Un equipo de investigadores, que cuestionó la autenticidad de la «Taxa» y ha estado indagando desde hace meses sobre el origen de dicho documento, publica hoy en su página web (www.apologetica.org) las conclusiones definitivas de su estudio, en las que se confirma la no-veracidad del texto reproducido por Rodríguez.

La «Taxa Camarae»

En su libro, Pepe Rodríguez atribuye al Pontífice León X (1513-1521) un texto simoníaco en el que quedarán absueltos todo tipo de crímenes, desde abortos a asesinatos de obispos, pasando por violaciones de menores... a condición de pagar a la Santa Sede una cantidad determinada de dinero. En los 35 puntos de dicho documento se pueden leer cosas como: «El que por anticipado quisiera comprar la absolución de todo homicidio accidental que pueda cometer en lo venidero, pagará 168 libras, 15 sueldos» o «el que ahogase a un hijo suyo, pagará 17 libras, 15 sueldos, (...) y si lo mataren el padre y la madre con mutuo consentimiento, pagarán 27 libras, 1 sueldo por la absolución».

Esta «Taxa Camarae» sería, en palabras de Nino Mendoza, del equipo de investigadores de apologetica.org, a LA RAZÓN, «la más disparatada» de entre las muchas ediciones falsificadas que comenzaron a circular, obra de algunos polemistas protestantes cuyo objetivo era desprestigiar a la Iglesia católica. «En efecto —afirma Mendoza— existieron listas de tarifas de la curia romana o catálogos administrativos emanados por los pontífices y autoridades de la curia para indicar el precio que los escribanos de los distintos dicasterios debían aplicar en la elaboración de los documentos donde constaba, oficialmente, la cancelación de sanciones eclesiásticas, con las que se solía penar ciertos pecados de particular gravedad. Estas tarifas auténticas son semejantes a las



El autor del libro, Pepe Rodríguez, a la izquierda. A la derecha, portada de una edición falsa de las tarifas, de 1664

falsas solamente en la fraseología y en los asuntos que tratan, pero son sustancialmente distintas en cuanto a su naturaleza, y en este sentido nada tienen que ver con la simoníaca «Taxa Camarae», que pretende ser una lista de precios para el perdón de los pecados, algo que estaba prohibido expresamente por los pontífices bajo pena de excomunión».

Las conclusiones, publicadas en apologetica.org, llegan tras meses de estudiar decenas de documentos originales, entre los que se encuentran las listas reales de tarifas de la penitenciaría apostólica anteriores y posteriores a León X, los escritos que dicho Papa firmó sobre el perdón de los

pecados y las ediciones falsificadas, además de numerosa bibliografía de autores especializados sobre el tema. Una «galería fotográfica» ilustra el trabajo, mostrando en la página web algunos de los documentos usados.

¿Pero de qué original ha tomado Pepe Rodríguez el documento, uno de los pilares de su obra anticlerical, que ha sido citado por numerosos medios de comunicación sin cuestionar su origen? El escritor asegura que la «Taxa» que reproduce en su obra es una traducción hecha por él, de la aparecida en un libro editado en Francia en la primera década de 1900 —aunque no cita de qué obra se trata— y admite que éste no contenía refe-

rencia alguna al original del documento simoníaco. Sin embargo y curiosamente, la supuesta traducción del escritor coincide hasta en el más mínimo detalle, desde el estilo hasta el número de caracteres y palabras usado, con la de un panfleto anticlerical de 1936 (asimismo sin referencia a la fuente original) editado en Barcelona, que el propio Rodríguez menciona, y también examinado por los investigadores de apologetica.org.

Éstos pidieron al escritor que demostrase la autenticidad de la «Taxa» citando alguna fuente con referencia al documento original, a lo que Rodríguez, en un alarde de «rigurosidad científica», respondió en internet que es inaccesible por estar «conservada en un lugar oculto de los archivos secretos vaticanos, y custodiada por seis estrictos controles de seguridad, tres de ellos con guardias suizos armados con metralletas». Mendoza, que ha estado investigando en los archivos vaticanos sobre este tema, ha declarado a LA RAZÓN que dicha afirmación no es cierta, pues los archivos secretos están abiertos al público especializado (historiadores, investigadores, docentes universitarios...), y en lo que toca a documentos de la época de la Reforma, no corre ninguna de las restricciones que se aplican en documentos considerados contemporáneos, como sucede en todos los archivos estatales del mundo.

El «rigor» de Rodríguez

«Mentiras fundamentales de la Iglesia católica» pretende ser un libro riguroso. Su propio autor ha publicado que él «se limitó a analizar con rigor los textos bíblicos para extraer de ellos sus conclusiones implícitas y explícitas más importantes». Dejando de lado que en su currículum no aparece ni una sola referencia a especialización alguna en Sagrada Escritura, Historia Sagrada, Eclesiología o Cristología, por ejemplo, introduce alguna otra afirmación,

cuanto menos aventurada y, desde luego, nada rigurosa. De este modo, Rodríguez asegura que los conocidos manuscritos del Qumrán «describen la organización y creencias de las primitivas comunidades cristianas», concluyendo que el cristianismo era sólo una secta judía, cuando buena parte de la comunidad científica sostiene que dichos documentos son anteriores al nacimiento de Cristo, con hasta dos siglos de diferencia en muchos de ellos.

800.000 JÓVENES NO ES NOTICIA

Juan Pablo II está ya en México, tras haber canonizado al Hermano Pedro en Guatemala y haberse reunido



con ochocientos mil jóvenes en Toronto. Dentro de pocas horas canonizará a un hombre señero de la historia del cristianismo en América: Juan Diego, el vidente de la Virgen de Guadalupe. A la vista de esta actividad, se puede decir que se cumple en el Pontífice aquello de «los muertos que vos matáis gozan de buena salud», pues poco a poco y desafiando las mil muertes anunciadas por algunos medios de comunicación, va a todos los sitios y lleva a cabo todos sus programas. Pero no es sobre la actividad de este anciano ejemplar sobre lo que quiero escribir, sino sobre el milagro nuevamente repetido de los millares y millares de jóvenes que ha logrado reunir en torno a Cristo y en torno a él. Toronto no es una ciudad fácil, al menos para la Iglesia, como no lo es en su conjunto Canadá, ni siquiera la católica Quebec. La secularización es muy alta y no hay que olvidar que fue allí donde empezaron a destacarse los escándalos de pederastia en el clero. Además, en Canadá abundan los sacerdotes y religiosos que se autoconsideran «progresistas», con lo cual es de presumir que no habrán hecho mucho para llevar jóvenes al encuentro con este Papa.

Sin embargo, el milagro, una vez más, se ha producido. A despecho de las previsiones más agoreras, de todos los rincones del mundo, han acudido muchachos y muchachas para arropar con su cariño al anciano Pontífice y demostrar que él sigue siendo para ellos un modelo, una referencia. ¿Se imaginan qué habrían dicho los periódicos si un político hubiera reunido en torno a sí a ochocientos mil jóvenes venidos de todo el mundo? Sería el gran acontecimiento, la gran noticia. Y estoy seguro de que algo parecido habría ocurrido si hubiera logrado semejante gesta un cantante o incluso un líder de cualquier otra religión. Sin embargo, lo consigue Juan Pablo II y son muchos los que se atreven a ignorar lo ocurrido o incluso a minimizarlo. Afortunadamente, los hechos están ahí y son claros. Tanto como para que podamos darle a este Papa el calificativo de «grande», aunque seguramente que a él el que más le gusta es el de siervo de los siervos de Dios, especialmente de los débiles y de los jóvenes.

Santiago MARTÍN